

## 5. La lucha por Cananea: historia de vida\*

### *Llegada a Cananea, 1928*

En 1928 me vine yo del Estado de Durango, de Guanacebí, a buscar a un hermano menor que yo, que estaba en Esperanza, en Sonora. Y empecé yo a trabajar en una mina que se llamaba Norte Cananea, cerca de Catalina; mi hermano no pudo coger trabajo, entonces le di yo el pasaje para que se regresara a Guanacebí, allá con sus padres y yo me quedé. Se acabó el trabajo y se vino la crisis del 30 al 32. No se conseguía trabajo por ninguna parte. Me dediqué a cuidar un potrero de Secundino Ahumada, sin sueldo, por la pura comida, porque la cosa estaba muy difícil para hacer la vida. Ahí duré dos años. En 33 me fui a Imuris, allá duré seis meses en la sierra, haciendo mezcal. No pude sostenerme y en 34 regresé otra vez a Cananea. Llegué en marzo. En abril, como el 15 o el 16 de abril, agarré trabajo con la Compañía Minera. Ahí, por cuestiones sindicales y condiciones que nunca me faltaban a mí y a los trabajadores, me puse mal con la Compañía y me despidieron. Me despidieron el 40, yo ya tenía familia. En 41 me fui a Parral, Chihuahua, porque me pusieron un telegrama que mi papá estaba muy grave y me fui a verlo. Allá duré seis meses, murió mi papá y me regresé otra vez a Cananea con mi familia. Del 41 al 53 me concreté a gambusear, a echar leña, a trabajar donde me salía trabajo para sostener mi familia con mucho sacrificio.

### *Ingreso a la UGOCM, 1952*

En 1952 ingresé yo a la Unión de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), que la representaba el finado Jacinto López, y de ahí nos empezamos a organizar para solicitar las tierras del latifundio que estaba en

\* Testimonio de Ramón Martín Calvo Lazcano, recogido por Manuel Figueroa Quirarte y Martha Sánchez Soler.

manos de extranjeros, de los Green. En el 53 empezamos a formar los expedientes en el Departamento Agrario. En ese tiempo estaba como jefe del Departamento el ingeniero don Cástula Villaseñor y era presidente de la República el licenciado Adolfo Ruiz Cortínez; secretario de Agricultura y Ganadería, Gilberto Flores Muñoz. El compañero Jacinto, trabajando incansablemente porque se restauraran los expedientes, estaba en México. En 1953 se restauraron los expedientes de los nuevos solicitantes de tierras; fueron 28 expedientes. Yo fui presidente del Expediente Emiliano Zapata y tengo mi credencial del Departamento Agrario como presidente particular del Grupo del Expediente don Emiliano Zapata. En 54 mandamos una comisión —Antonio Parada Cano, Dionisio García Rojas y Juan Córdova Quiroga— a que fuera a México, porque el compañero Jacinto había anticipado una entrevista con el señor presidente, y para determinado día, no recuerdo que fecha de junio de 1954, estuvieron allá, entonces los recibió muy bien el señor presidente Ruiz Cortínez y ordenó a don Cástulo Villaseñor que se nombrara una comisión de empleados del Agrario para que vinieran a censar a los grupos que estaban organizados aquí en Cananea. Al frente de la brigada venía el ingeniero Díaz Rivero, un señor ya mayor, y lo acompañaban los ingenieros Palma, Gabriel Pardo y creo que un ingeniero Benavides. Tenían orden de medir todo lo que era el latifundio y a la vez censar a los grupos. Comenzamos a trabajar y trabajamos toda la semana, sin diario, sin nada. Se había formado un comité para ayudar a los que andaban con los ingenieros. Había veces que se conseguía y a veces no. Pues nos íbamos sin “lonche” a ayudar a medir, hicimos cincuenta y tantos días de trabajo midiendo el latifundio; en ese lapso de tiempo se censaron todos los grupos y se mandaron los expedientes a México. Empezamos a enviar y recibir correspondencia hasta que nos mandaron los documentos donde éramos aceptados como ejidatarios y reconocidos todos los grupos. Entonces empezamos a exigir la expropiación del latifundio. Desde antes ya la habíamos empezado a exigir, pero entonces con más energías... exigir y exigir que se expropiara. Nada conseguíamos. Entonces solicitamos permiso, por conducto del compañero Jacinto, para entrar como gambusinos porque ya estábamos gambuseando para sostenernos. Y así como entrábamos nos sacaba el presidente municipal de acuerdo con la compañía ganadera, y nos metían a la cárcel. Como no teníamos ninguna otra forma de cómo vivir, cuando nos echaban fuera nos íbamos otra vez a gambusear.

La gente del pueblo nos echaba fuera de la cárcel, se amotinaban y nos sacaban; en algunas ocasiones vino el compañero Jacinto, de México, porque tenía de acuerdo a gran parte de la Unión a que si no conseguían que nos sacara el pueblo, que vinieran y nos sacaran ellos. En ese tiempo echamos abajo a un presidente municipal; le exigimos al gobernador del Estado —que era Ignacio Soto— que nos quitara ese presidente municipal, que le exigiera su renuncia y así fue, lo tumbamos; Antonio Fernández se llamaba.

*Autorización para gambusear, 1954*

Vino como interino el exdiputado Rogelio Castro Cuén. Ya teníamos, o en esos días nos llegó, el permiso de la Oficina de Economía, que ahora es Patrimonio Nacional, para 150 gambusinos en la zona poniente, y para 175 en la zona sur, y mandaron que nos asignaran lotes a los gambusinos al ingeniero Benjamín Arroyo ayudado por Noé Díaz Soto. Nos lotificó en Cuitaca, El Pima, La Tambora y El Tordillo en la zona poniente; en la zona sur nos lotificó El Encanto, Los Paredones, Los Alisos, Los Pocitos y El Oro Filo, en el entendido de que cuando explotáramos esos lotes diéramos aviso para venirnos a lotificar otros. Comprometidos nosotros a las labores que hacíamos, cuando ya las explotáramos, enterrarlas para que no cayera ganado ahí en los hoyos que hacíamos para gambusear. Así estuvimos trabajando hasta el 57, cuando optamos por hacer donde vivir y llevar a nuestras familias. La Compañía se opuso, y nomás había denuncia de que hacíamos algún jacal o dos y llegaban soldados y policías y nos tumbaban el jacal, cargaban las maderas y materiales con que nos habíamos construido el jacal y a mí, como representante de los gambusinos, me llevaban, levantaban un acta, y me amagaban con meterme a la cárcel si se volvía a construir otro jacal. Nosotros seguíamos construyendo jacaes porque era necesario, porque las familias estaban en la intemperie, pero no les importaba. Como nos íbamos a la labor, quedaban en los jacaes las familias, no eran muchas, eran pocas las que se aventuraban a ir a estos sufrimientos, pero sí hubo veces que les exigimos que no se salieran, que estando dentro del jacal no se atreverían a tumbar. Pues aún así, a una familia que no se salió le echaron encima todo lo que era el techo del jacal, que era de palmilla. Me avisaron y vine yo y me puse muy pesado con los forestales; eran dos capitanes forestales y la policía, me tomaron preso y me trajeron a Cananea. El presidente municipal era el doctor Fidel Sánchez; ése me había dado un permiso para que se construyera, que no fuera a cortar madera verde nomás; entonces vine yo a reclamarle que su orden no había valido, que siempre nos habían atropellado, y alegaban que no era cierto, que no sacábamos oro; entonces yo, sin ir preparado, por fortuna llevaba un frasquito con unos 18 gramos de oro, lo saqué y lo manifesté al presidente, entonces me dijo que se lo prestara y que los esperara ahí un momento, por fuera de Palacio, que iba a a los forestales. El secretario general de la sección 65 era Carlos Lavander, se puso de acuerdo con el presidente municipal y nos apoyó. Fueron él y Lavander y vieron allá a los forestales; no se lo que hablaron; ya vino y me devolvió el frasquito y me dijo: “¡Síganle! Si te hacen algún daño inmediatamente me avisan, no esperes que te traigan a la fuerza a verme, vente inmediatamente”. Yo ya con esa fuerza, con el apoyo de ellos, fui a darle la noticia a mis compañeros y les di más valor y comenzamos todos a hacer cada quien su jacal o entre todos hacíamos uno y luego otro y construimos hasta una escuela aquí en Cuitaca, con madera rústica y palmillas, maderas muertas, nunca cortamos madera verde.

*Cuitaca: pueblo de gambusinos, 1957*

Teníamos los expedientes de las solicitudes y teníamos correspondencia del Departamento Agrario, pues aquí ya estaba terminado todo el litigio y no faltaba más que la palabra del presidente, esperamos; promesas y promesas del presidente, que el mes que entra, que para el otro mes y no había nada, bueno pues pasó el tiempo y ahí se formó un pueblo de gambusinos en Cuitaca; para 1957 éramos 63 jefes de familia.

Estuvimos trabajando así, unos hacían leña, otros el gambuseo y otros pues salían a trabajar en lo que encontraban; unos más en la conservación de la carretera, pero todos trabajábamos y ahí estábamos; entonces vine yo con el presidente municipal y le solicité un profesor para que diera clases, porque había muchos niños y que no había escuela; él me autorizó para que yo lo buscara y que él lo iba a pagar. Había una muchacha que por cierto no estaba muy capacitada pero era hija de un compañero que queríamos que se ayudara y le dimos ese trabajo. No había terminado la secundaria la muchacha, le faltaban materias, pero sí nos sirvió mucho, estuvo dando clases ahí y así vivimos más o menos como un año, del 57 al 58.

*Primera invasión, 1958; cinco años de lucha*

Viendo que no cumplía el presidente las promesas, en un congreso que tuvimos en Cananea se tomó el acuerdo de que íbamos a tomar las tierras nosotros, de nuestra propia cuenta, pues el presidente no hacía nada de lo que prometía y a ver si le dábamos así una ayudadita a él, para que cumpliera con la ley. Habíamos empezado a luchar el 53 y fue en el 58 cuando tomamos esa determinación.

El 5 de febrero de 1958 invadimos, el grupo de gambusinos, "Mártires de Cuitaca", un predio que se encuentra como a ocho kilómetros de nuestro poblado, para el lado de Los Nogales, donde ahora está el Ejido 16 de Septiembre, en una parte que se llama "El Pima".

El día 6, como a las diez de la mañana, llegó el de la Judicial de Cananea, Marco Antonio Durazo, a avisarme a mí, como representante del grupo, que venía el general Macías, el matón general Macías, que era el que había fusilado a los que habían sido fusilados en Hermosillo y que era muy peligroso, que me saliera, que llevaba muchos camiones cargados de soldados, que valía más que no fuera a hacerlo enojar.

—No —le dije— no tengo por qué hacerlo enojar, que llegue.

—Pues te recomiendo que no lo vayas a contradecir, porque es muy delicado.

—No —le dije— pero cómo le voy a contradecir.

Nosotros ya estábamos construyendo unos jacales ahí y parando una cerca, cuando ya vimos que iban efectivamente los camiones con los soldados y nos empezamos a fijar por diferentes rumbos, y nos dimos cuenta que estábamos sitiados de soldados, rodeados de ametralladoras, de esas de tripié, ya emplazadas; nosotros estábamos desarmados, no íbamos más que a trabajar. Un compañero ya andaba arando un pedacito de tierra, con unas mancuernas de bestias. Llegó el general, el coronel Corona, un mayor y no se qué tantos oficiales más, guiados por Marco Antonio. El general llegó ahí cerca de donde yo estaba y preguntó:

—¿Quién es el que representa a esta gente? Y Marco Antonio le señaló:

—Aquel chaparrito que está ahí.

—¡Háblele! Ya fue Marco Antonio y me habló: —¡Ahí te habla el general!

Llegué yo y los saludé a todos.

—Para servirle mi general, ¿qué se le ofrece?

—¿Usted es el que representa a toda esta gente?

—Sí, sí señor, soy yo.

—¿Qué es lo que se propone?

—Mire, en vista de que el presidente nos ha hecho muchas promesas y no nos ha cumplido, y a nosotros no nos es suficiente el oro que sacamos como gambusinos para subsistir, pues tuvimos un congreso con la unión a la cual pertenezco y acordamos tomar la tierra, para ver si el presidente presiona a la Compañía y la obliga a que acepte la expropiación, creo que no quiere.

—¿Usted tiene permiso para gambusear?

—Sí señor, sí tenemos. Entonces le enseñé los documentos. Ya se enteró de ellos y me dijo:

—Pues yo no entiendo esta cosa. No la entiendo.

—Pues menos yo —respondí.

—Ustedes están autorizados aquí para trabajar dentro de los terrenos de la Compañía.

—Pues ya lo ve que sí. Entonces, ¿por qué nos molesta?

Entonces no faltó el intruso que le dijera que nosotros estábamos queriendo sembrar y que por eso la Compañía había perdido garantía.

—¡Ah, vaya! —dijo el general—, entonces ustedes ya no son gambusinos

—Pues sí somos, y aquí donde estamos, le dije, es un lote que está autorizado para gambusear.

—Pues sí, pero ustedes no están gambuseando.

—Ahorita no, pero de eso vivimos, del gambuseo —y eran mentiras, porque no nos sostuvimos del gambuseo.

—Pues de todas maneras yo traigo orden de sacarlos a como dé lugar;

ordene que suba toda su gente a los camiones y no me haga hacer uso de la fuerza.

—¡Pero señor! si nosotros estamos desarmados, sí usted como general que es, viene y me dice, no se ocupa usted de traer gente, si trae orden de que me salga de aquí, pues nos salimos, pero si no me mete a la cárcel o hacer otra cosa semejante conmigo, mañana vuelva, porque aquí voy a estar. Es un acuerdo de congreso y no es cosa mía, no están haciendo mis compañeros lo que les ordeno, es que estoy haciendo lo que ellos dicen, lo que acordamos todos juntos en el congreso, y eso es lo que estamos haciendo. No necesita usted amenazarme con las armas, somos respetuosos de las leyes y de las autoridades, pero sí tenemos, como ciudadanos, todo el derecho que nos asiste.

—Bueno, ¡ándanle pues, suban!

Y andaban unos chamacos ahí, encueraditos, todavía no desayunaban, y dije yo:

—Bueno, por qué no es tan humanitario usted que nos permita que desayunen estas criaturas, para agarrar camino.

—Andenle señoras, dense prisa, denle comida a sus niños porque ya nos vamos.

Ya les ofrecieron café ahí y estuvimos platicando mucho, comentando la cosa y no, no era tan bravo como me decían. Echamos a los camiones las mochilas, pues no llevábamos muebles, y el general ordenó que las mujeres y los niños se bajaran en Cuitaca, con las pocas familias que se habían quedado ahí, pero que los hombres tenían que venir a Cananea. Se quedaron las mujeres y a nosotros nos llevaron hasta la entrada de Cananea, donde antes había una garita con celadores; ahí nos paró el general, dejó soldados cuidando y dio orden de que nadie se moviera, y a mí me trajeron al Hotel Alameda. Me trajo Marco Antonio, el judicial. Cuando veníamos en camino vi a un señor que se veía muy mayor, lo traían entre dos, ya muy avanzado, lo traían dos oficiales, le dimos chanza que subiera y Marco Antonio me dijo:

—Espérate, deja que suba este hombre.

Se metió en el cuarto 16. A los pocos minutos me hablaron que subiera. Yo no sabía quién era ese señor y resulta que era ni más ni menos que el general Teófilo Hernández, jefe de la 7a. Zona Militar, y venía de México a hablar conmigo.

*Mensajero presidencial, febrero, 1958*

En el cuarto estaban el general Macías, el coronel Corona, un mayor y el teniente Calvo. Bueno, pues entonces me dice el general Hernández:

—Mire señor, yo soy enviado por el ciudadano presidente de la República, Adolfo Ruiz Cortínez. Me mandó exclusivamente a que viniera a hablar con usted y, según lo que hablemos, lo que usted me diga, eso voy a llevar, ni una palabra más ni una palabra menos, así es que va a hablar todo con la verdad y yo le diré a usted las disposiciones que traigo. ¿Qué está haciendo ahí?

—Nosotros estamos gambuseando mi general, somos gambusinos.

—El reporte allá dice que ustedes son invasores.

—No señor, mire, y le enseñé nuestros documentos.

—A ustedes, entonces, no tiene por qué molestárseles.

Entonces, dijo ese cabrón de Macías: Es que éstos ya no son gambusinos mi general, ya andaban barbechando ahí un pedazo de tierra.

—¿Es cierto?—, me dijo el general.

—Sí, pero es que se nos ha negado el oro, se nos ha perdido, y ya no podemos subsistir con el orito que sacamos, ahora queremos sembrar ahí calabazas, elotes, en fin, lo que podamos, para ayudarnos.

—Mire, el gobierno, el ciudadano presidente, les va a resolver su problema, pero por la vía pacífica, así no se les va a resolver pronto, ustedes lo que hacen es hacerlo enojar y no sé cómo decirles, pero lo mejor es que lo dejen a él, que no lo interrumpan, para que resuelva pronto su problema. Él lo va a resolver.

—No mi general, puras promesas y ninguna nos ha cumplido. La última vez mandamos a un comisionado a México, al compañero Gilberto Herrera López, y sí estuvo con él y lo recibió. Lo mandamos en diciembre, los primeros días de diciembre, y le dijo que nos entregaría la tierra de aguinaldo, para antes de la Noche Buena, y que si no la entregaba en todo el mes de enero, que entonces hiciéramos lo que quisiéramos, porque nosotros siempre ya le mándabamos amenazar con la invasión, y el señor presidente nos mandó decir con Filiberto que si no satisfacía nuestras solicitudes y no entregaba las tierras en el mes de enero, que entonces sí actuáramos. Y pasó enero y ya estamos en febrero, y en un congreso que tuvimos acordamos tomar las tierras según lo habíamos hecho saber al ciudadano presidente. Tomar las tierras porque, mire mi general, usted está más capacitado que yo y sabe mejor que la Compañía está violando la Constitución General de la Nación. Es prohibido que cualquier extranjero tenga concesiones pasando la frontera, y aquí, y ya se lo hicimos saber al presidente, la guardarraya que divide los países le sirve de cerco a la Compañía; eso él lo sabe y usted lo sabe y yo también lo sé, y no es posible seguir tolerándolo. Es más, nosotros reclamamos las tierras, tierras que nos corresponden. La solicitudes que hemos hecho han sido aceptadas en el Departamento Agrario. ¡Todas!

—Entonces, ¿qué piensa usted? El presidente me autoriza a mí para que a ustedes se les ayude con una cosa pequeña para que lo dejen en paz, mientras ve cómo lo arregla.

—Pues yo no le puedo decir a usted que podemos aceptar ayuda. No

—Bueno.

Entonces salta el general Macías:

—Mire mi general, dispéñeme, dice el señor Calvo que si no lo ponemos en la cárcel o no hacemos una cosa semejante con él, que mañana lleva más camiones y más soldados, porque va a entrar mucha más gente.

—Sí es cierto —le dije—, así va a hacer.

Entonces volteó el general Hernández y vio a Macías y le dijo:

—Pobre de usted que se atreva a poner a un solo hombre en la cárcel sin una orden directa mía, ¡oyó!

—Sí señor, contestó Macías, entonces el general volteó a mirarme y me dijo:

—¿Qué no podrían ustedes aceptar ayuda, para que acabalaran su sostenimiento y dejan las invasiones por un lapso corto de tiempo para dar chanza que el presidente arregle, si es que les va a arreglar?

—Yo no puedo comprometerme a nada con usted, porque es acuerdo de congreso y, como le dije al general Macías, si no me quitan de enmedio a mí, o de la cabeza como estoy, mañana allá me tienen con los compañeros que me sigan.

—¡Muy bien, hace muy bien! —dijo el general—, entonces no acepta que le ayude.

—Yo no acepto, necesitaría un congreso para revocar el acuerdo que tenemos de invadir, de meternos a tomar las tierras. Necesitaría un acuerdo de no invadir.

—Lo entiendo, lo entiendo. Entonces le dice al coronel Corona, que por cierto ya murió: —¿A quién tiene usted? ¿A quién va a poner usted para que vigile esta gente?

—Aquí, a mi teniente Calvo.

—¡Ah caray! Hasta son parientes —me dijo.

—Pues sí, creo que sí.

—Bueno, mire teniente, usted va a tener los soldados a su mando. Este señor va a estar al frente del grupo que él representa. Si éste se mete a las tierras con el grupo, usted vaya por ellos y sáquelos, déjelos allí donde viven, ahí déjelos. Y usted, cuando vaya el teniente por usted y su gente, no se oponga a nada. No quiero choques entre campesinos y soldados. Usted —dijo al teniente— tiene que cumplir las órdenes, así es que evite choques.

—De manera es que —le dije yo— no nos van a extorsionar, sólo nos van a dejar ahí.

—Nomás eso, a sacarles de ahí a donde viven ustedes, donde radican, y mucho cuidado: no quiero choques.



—Bueno, por mi parte no los va a haber.

—No —dijo el teniente—, ni por el mío.

—Bien, dijo el general, ahorita voy a volar a México, a informar al señor presidente.

—Mire, llévele usted este mensaje de parte mía. Dígale usted al señor presidente que recuerde que ya lo hemos puesto en su conocimiento que la Compañía está violando la Constitución General de la República y que no somos unos carentes de tierra, carentes de trabajo. Que necesitamos las tierras, ¡qué no somos enemigos de él! Diga usted al señor Ruíz Cortínez que somos ciudadanos, que tenemos hambre y que tenemos sed de justicia y que esperamos que nos resuelva el problema cuanto antes. Que se lo agradecemos. Que en nombre de mi grupo le digo esto.

—Muy bien—, así se despidió. Hasta un abrazo me dio. Mucho cuidado con un choque —me dijo— no vayan a provocarlo, así como yo voy a ayudarlos, y le voy a poner más interés para que el señor presidente haga conciencia y de una vez por todas reviente la bomba.

—Bueno, pues yo se lo voy a agradecer.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Bien, pues así fue la entrevista con el general y pues nos vinimos, nos trajeron otra vez de vuelta. Nos llevaron allá, donde nos habían levantado, al poblado. Y dicho y hecho. Estuvimos invadiendo todos los días; hubo días que invadimos dos veces. Nomás llegaban, ¡vámanos! Nunca llevaba soldados, si mucho llevaba uno. Juntaban todo el material que nosotros habíamos cortado y madera muerta, y lo echaban al carro que llevaban, estaban almacenando todo donde tenían el cuartel. Cualquier cosa que se le ofrecía al teniente venía conmigo:

—Mire Calvo, yo vi a una de sus gentes que andaban haciendo. . . (cualquier cosa mal, como cortar palo verde o que llevaban perros, correteaban ganado, cosas así leves. Corregía yo aquella anomalía).

En ese lapso de tiempo, del 6 de febrero que nos sacaron la primera vez al 22, así estuvimos. Entonces nos avisaron que venía Flores Muñoz a Hermosillo. Flores Muñoz era secretario de Agricultura y Ganadería y nos ayudó mucho, principalmente tratando de convencer a Cortínez que hiciera pronto la cosa. Era muy amigo del compañero Jacinto. Nos informaron, pues, que venía a Hermosillo, y me comisionaron a mí a que fuera a hablar con él y a solicitarle que viniera a Cuitaca, ahí con nosotros, personalmente, para que viera la situación. Pues sí fui pero no conseguí nada, me dijo que traía instrucciones de nomás llegar a Hermosillo y de ahí devolverse. Yo le rogaba que viniera a petición de mis compañeros que querían verlo ahí para explicar mejor las cosas y que él se diera cuenta exacta.

—Lo sé —me dijo—, lo sé perfectamente bien, comprendo todo, pero es que yo no puedo ir.

Bueno no conseguí nada y eché el viaje de *oquis*. En la noche me vine; amaneciendo el 23 llegué ahí a Cuitaca, llegaron por mí los compañeros que iban a invadir ese día y me dijeron: ¡Vamos! Yo les contesté ¡no!, ahora no vamos a ir, pues vengo muy estropeado del camino. Pues iremos nosotros, dijeron. ¡No! Vale más ahora irse a descansar, mañana vamos o tal vez a la tarde. Voy a dormir un rato. Pues me fui a desayunar a casa de un compañero que vendía café y comida y ahí encontré a un amigo de Agua Prieta y estábamos platicando cuando me dice:

—Ahí alcancé en San Antonio (un jacalito que está en el portón a unos cuatro kilómetros de Cuitaca) a ver que ahí están como unos 20 camiones y traen puros soldados parados ahí, y están también unos oficiales.

—¡Ay! me dio muy mala espina y dije: ¡Carajo! ¿Qué pensará? Entonces le dije al compañero Córdova, que estaba ahí en el restaurant: Pues vete con él a Cananea y avísales, cosa que si nos caen pues tengan conocimiento allá los compañeros, que no los agarren de sorpresa también a ellos. Terminé de desayunar y me paré en la puerta cuando vi pasar al coronel Corona, que era el jefe de la Plaza entonces y manejaba el asunto nuestro. Estaba la cosa aquí federalizada, entonces pasó... me vio de reojo y luego le dio para atrás al *picap* y me tanteó, que fuera para allá cerquita, ahí en la carretera. Fue y ahora me dice:

—¿Y tu gente? —nunca me trataba de tú—, ¿y tu gente?

—Pues ahí andan —le dije—, unos andan en la leña, otros en Cananea y otros andan gambuseando.

—Pues necesito hablar con ustedes.

—Pues sí, pero no están.

—Pues con los que haya. ¡Pero ya!

—Oiga usted, pues si no hay nadie, más que puras mujeres.

—Pues las mujeres, los que haya. ¡Pero ya!

—Bueno —le dije—, nos vamos a reunir ahí, en la escuela, los que estamos aquí.

—Pues nos reunimos. Había algunas gentes de los compañeros, pero la mayor parte eran mujeres.

—¿Ya no hay más?

—No, son todos los que estamos. No le digo que no está aquí la gente, que anda fuera.

—Bueno —me dijo—, ahí te va, te voy a leer el *Bando*: tengo orden de sacarlos a como dé lugar y no me hagas hacer uso de la fuerza, porque de todas maneras te voy a sacar.

—Y ¿a dónde nos va a llevar?

—Allá —me dijo—, a la empacadora.

—Oigame —le dije—, si nosotros no somos propiedad de la ganadera, que nos van a empacar, ¿o qué?

—No —contestó—, es que ahí hay donde duermen.

—¡No!, ¡no señor!, ¡ahí no!

—Pues donde te dé la gana, pero los voy a sacar.

—Pues ni modo, esa orden tiene y lo va a hacer, llévenos al Palacio Municipal.

Entonces vi que empezaron a llegar carros, no nos habíamos dado cuenta que ya estábamos rodeados de soldados. Los compañeros empezaron unos a llorar y otros a renegar, y los soldados empezaron a bajarse. Se había venido una rachita de gragea, luego se calmó, y se vino una de agua y después de nieve. La temporada se vino mala.

—¡Andenle! Echen sus chivas, echen todo a los carros. Arrimen un carro a cada quien, para que cargue sus cosas.

En cada carro echaron dos y tres familias y la mayor parte de las cosas, pues las señoras se habían negado a moverlas. Los soldados se dedicaban a derrumbar jacales. Nomás le daban aviada a un carro grande que traían y se lanzaban contra los jacales y los tumbaban, pues eran de madera, muy mal contruidos. Había algunas familias que tenían su máquina de coser, tenían sus trasteros, tenían sus camas, y todo lo quebraban. Estaba yo platicando con Alberto, que por cierto estaba enjuiciando y andaba bajo fianza, y yo le dije que no se fuera a separar del grupo, derecho al Palacio, a ver que hace el presidente municipal con nosotros. En eso estaba cuando pasó el capitán de la partida, uno que se les había dado de muy amigo mío, y me oyó diciéndole a Alberto y a los demás que no se fueran a quedar en los campitos, que nos fuéramos todos juntos y me pasó el brazo y me dice:

—Véngase mi capi, vamos para allá. Y fuimos donde estaba la casa-cuartel y le dice al coronel: —Pues aquí Calvito sigue agitando a la gente.

—Ay mi capitán, si sólo les estaba diciendo que no se fueran a quedar en los campitos, pero eso no es agitar.

Entonces, sin más discusión, dio orden de que se encerraran en un cuartel que tenían ahí. Estaba al cuidado un sargento muy buena gente conmigo que por cierto a cada rato me llevaba café se me acabaron los cigarros y me llevó y ahí estuvo toda la tarde platicando conmigo. Yo oía todos los lamentos de las pobres señoras porque estaba muy cerquita. Unas lloraban, otras renegaban y otras gritaban. Y con aquel temporal que se vino. Pues pasadas las seis de la tarde, empezando a obscurecer, llegó el teniente y le dijo al coronel que ya estaban listos, ya habían terminado de llenar los carros, pero por el temporal no habían podido tumbar todos los jacales, que les quedaban alrededor de unos diez.

—¿Dónde están los carros? —preguntó el coronel.

—Pues ahí, en la carretera, organizados todos en fila.

—Está bien, mañana cuando amanezca acaban de tumbar lo que falta y juntan todo y lo queman.

—Y con este señor, ¿qué voy a hacer?

—Pues échalo fuera.

Ya salí yo, todo entumido de estar todo el día ahí. Entonces, al salir, me dice el coronel:

—¡Qué tal!

—Pues muy bien, contesté.

—Pues ya no seguirás agitando.

—Ya le dije que nunca había sido agitador.

Me dio instrucciones de irme a donde yo quisiera. Y miré hacia el poblado, y por donde yo tenía que salir estaban dos soldados, uno en cada punta, y tenía yo que pasar por enmedio de ellos, con mucha burla el coronel les pegó un chiflido y les dijo:

—¡Ahí les va!

Pues para que voy a decir que no, a mí me dio un temorcillo, pues tenía que pasar por enmedio de ellos, y tan endiablado como estaba el coronel, pues se me vinieron ocurrencias, pero pues nada podía hacer, tenía que pasar por ahí. Pues caminé y al pasar dije:

—Buenas tardes.

Se cuadraron y levantaron los rifles, pero no hicieron nada. Pasé yo y fui a buscar a mi gente. Ya no encontré a nadie. Me fui a la casa donde había estado antes tomando café, esa no la habían tumbado y me encontré a la familia y tomé café. Ya era de noche. Pues pasó un carro y no me quiso levantar para llegar a Cananea, pasó otro que llevaba familia, pues ahí sí me subí, era amigo mío y aunque no quería, me iba a traer como fuera. Entramos por Cananea Vieja y le dije que llegara hasta casa del profesor Saavedra. No lo encontré, me dijeron que andaba en la bola.

—¿Qué pasó?

—Hay un gentío, nosotros acabamos de venir y hay mucha gente, pero mucha gente en el Palacio.

Pues me tomé un trago de tequila porque hacía mucho frío y me agarré a pie; hacía un ventarrón que me llenaba la cara de nieve, no había tránsito ni nada en la calle. Alrededor de Palacio estaba congestionada la gente. Pues llegué y mis compañeros que estaban muy preocupados y las mujeres asustadas, pues, ya se conformaron. En Palacio no había donde poner un pie de tanta gente. 63 familias estaban allí, ponle que no hubiera entrado

todas, pero había más de 50. Nos amanecimos platicando, charreando y comentando. Era el Día de la Bandera, y estaba haciendo guardia el personal de la Compañía Ganadera, encabezados por el magnate de ellos, Emilio Segura. Le estaban haciendo guardia a la bandera. Entonces le dije yo a unos compañeros que debíamos hacer una cosa que se nos agradeciera, que debíamos agarrar uno a uno de los cinco que estaban ahí aparentando ser muy patriotas, pegarles un empujón y aventarlos hasta la calle por lo que estaban haciendo con nosotros. Pues sí lo hubiéramos hecho, pero me oyó un policía y no lo permitió. Pues ahí estaban, haciéndole guardia a la bandera. Nosotros habíamos dejado la bandera puesta en la escuela para ver si así la respetaban y con todo y bandera la quemaron. Aquí estaban haciéndole guardia y allá estaban ardiéndola. Pues así estuvimos con reuniones con el presidente, que pedía que le desocupáramos porque ya el gobernador Obregón lo tenía amenazado: que lo iba a sacar con todo y los comunistas que estaba apoyando en el Palacio. Entonces me habló y me dice que le saque a la gente, que él también está corriendo peligro. Yo le dije que no había a dónde llevarla, que le dijera al gobernador que debía resolver el problemas e inmediatamente le desocupábamos ahí.

—¡Oye! —me dijo—, me tienen ustedes entre la espada y la pared.

—No somos nosotros, es la misma autoridad, superior a usted, que no resuelve el problema.

*Refugio en el estadio, febrero 26, 1958.*

Pues así estuvimos tres días. A los tres días nos prometió Avelino Moreno que era secretario general de la Sección 65, que nos iban a facilitar el estadio de beisbol, el 1906, para que nos fuéramos ahí, que al cabo que ya se nos iba a resolver el problema, que no duraría una semana y que ahí íbamos a estar bien. Había un temporal largo, las calles estaban llenas de nieve. Pues yo no les quise aceptar nada, pero a las dos o tres veces que nos volvieron a reunir el presidente, el comandante y Avelino, los compañeros aceptaron. Pues sí, nos fuimos a palear nieve que estaba en el pasillo, la nieve se colaba por todas partes. Ahí estuvimos, en el estadio. Se nombraron comisiones Pro-Campesinos que pidiera limosna, para que vamos a decir que no, y así nos estábamos sosteniendo. Yo fui a una asamblea de la 65, ya todos sabían, hablé y les pinté el panorama como estaba, que había veces que pasábamos hambrita; entonces ahí sacaron el acuerdo que nos iban a ayudar, no me acuerdo con cuánto se cotizó cada quien pero la cuestión es que fueron \$7 000.00, pero nos los iban a entregar con partidas de provisión de la cooperativa. \$500.00 semanales. No, pues los \$500.00 casi nos los comíamos en un día. Con eso de la cooperativa, fui con otro comité que había en los campos mineros de Buenavista y conseguí con el jefe de los jardineros que trabajaban en la Colonia Americana que nos pasaran chamba, y nos daban un día a uno, otro día a otro. Y así estuvimos —febrero, marzo, abril, mayo,

junio—. Y las promesas del presidente siguieron, que la semana que entra, que el mes que entra... Y la gente empezó a desertarse de ahí donde estaban, bueno, pues ni modo. Y que ya se va a arreglar esto y que ya.

En los primeros días de julio de 58, ese mismo año, vino el compañero Jacinto de México y nos dijo que ya había puesto en conocimiento del presidente que ya íbamos a salirnos del estadio y que íbamos a irnos a los terrenos de la compañía otra vez, en vista de que no resolvía y que le había suplicado mucho que no lo hiciera, pero que él le había contestado.

### *Amonestación Presidencial, Julio, 1958*

—No, y yo voy a ir a la cabeza de los campesinos, porque yo no puedo quedar mal. Usted me está haciendo quedar mal con tantas promesas, que ha hecho y no ha cumplido y me hace echarle mentiras y quedar mal a mí también.

—¿Pues que hiciera usted Jacinto —dice Ruiz Cortínez— si estuviera en mi lugar?

—Présteme el garrote una semana —dice Jacinto— a ver si mando quien sabe a dónde a los gringos y hago justicia a los mexicanos. A usted lo que le faltan son pantalones licenciado, usted le tiene miedo a los gringos.

¡Casi no le dijo nada! Se enojó Ruiz Cortínez.

—Ya mañana me voy —le dijo—, allá tengo listo todo, todo lo que tengo es el pasaje, mi señora y mi niña, eso es todo lo que tengo, y mañana me voy a Cananea; vamos a entrar a tomar las tierras.

—Jacinto no me provoques, no hagas una provocación allá, sería costosísima.

—Pues, resuelva el problema, señor presidente.

—Pues dame chanza.

—Qué más chanza quiere que la que le hemos dado ahora, ya los campesinos están enojados conmigo, tienen razón, pues siempre con mentiras, así es que ya me voy.

Todavía en la noche lo mandó llamar y resulta que no lo recibió él, sino que mandó llamar al licenciado Gilberto Florez Muñoz para ver si lo convencía de que no se viniera, que lo esperara un tiempcito más para ver si podía él resolver el problema. El mismo licenciado Muñoz le dijo que Ruiz Cortínez tenía miedo entrarle a la Compañía Ganadera, siendo Flores Muñoz, secretario de Agricultura y Ganadería y que él no veía mal a lo que el compañero Jacinto se disponía. No podían hacerle nada porque era una cosa que ya estaba muy tramitada y los expedientes ya estaban listos, nomás que el ciudadano presidente no se resolvía y tenía miedo. En otras palabras, animó a Jacinto. Eran muy amigos. Don Cástulo Villaseñor, que era jefe

del Departamento Agrario, intervino para decirle que le hablaba por teléfono el presidente.

—¿Qué le dijo?

—¿Sale para Cananea, no?

—Bueno, pues le encargo que no vaya a hacer alboroto por allá, está muy peligroso, se nos van a venir encima las embajadas y usted no quiso esperar.

—¡No soy yo!, son los campesinos los que están desesperados y yo les concedo razón por el hecho de que no se han cumplido sus promesas señor.

—Pues ni modo Jacinto, a ver póngase usted en mi lugar.

—Pos présteme el garrote una semana y a ver si no mando hacer esto y esto a los gringos.

—Ya me dijo ayer.

—¡Pues sí!

—Ya le digo. Mucho cuidado con choques allá.

—No, no tenga cuidado, ya me voy.

—¡Adiós!

Al otro día se vino Jacinto, llegó aquí como el día 6 de julio y esto fue de cruzar telegramas con Flores Muñoz y con el jefe del Departamento, Cástulo Villaseñor. Cástulo, advirtiéndole que no se atreviera a hacer tal o cual cosa y Florez Muñoz, pues no sé lo que diría. La cuestión es que el día 10 de julio, o más bien el día 8, tuvimos un acuerdo general, y nos puso en tapete Jacinto el camino a seguir.

*Parte del grupo regresa a invadir:*

*Julio 10, 5 meses después*

—O esperamos, o nos metemos. Ustedes son los que van a decirme. Si ustedes se meten, no voy con ustedes. Y si quieren que esperemos, esperamos.

No, pues todos gritaban: ¡Vámonos! ¡Vámonos! Teníamos mucha confianza en Jacinto, no creíamos que se atrevieran a llevarlo preso. Pues ¡vámonos! pasado mañana.

Del día 8 al día 10 telefoneamos con Cárdenas, con el maestro Flores Muñoz, con don Cástulo. Nada. Pues el día 10 levantamos ancla, ya teníamos allí en el estadio desde febrero, desde que nos habían quemado el pueblo. Pues nos fuimos de aquí, nos fuimos cerca de Cuitaca, el día 10 de julio, a esperar allí el resultado. Por cierto que todavía hay una bellota que le llamamos la Bellota de Jacinto, porque ahí tenía su oficina, ahí se la pasaba. El día 12 hubo una asamblea general, vino gente de todo el estado y de fuera del estado; también vinieron a la asamblea a prestarnos apoyo, que no nos saliéramos, que ellos iban a contribuir a ayudar. Al norte de

Tijuana hay una Unión que no sé cómo se llama, y vinieron y nos ofrecieron todo su apoyo. Vinieron todos los compañeros de Baja California; Gorgonio Hernández, que era secretario estatal en Baja California; vino Correa, del Valle de Guadalupe; vino Juan Jiménez; vinieron algunos de Baja California y nos prestaron ayuda.

*Otra amonestación presidencial, julio 13, 1958*

El día 13 el finado Antonio Parada se vino a Cananea a hablar con Flores Muñoz, pero no lo pudo localizar a éste o éste no se dejó. El día 14 nos cayó la nueva, vino Celis, que no sé cómo se llamaba y era el procurador de Justicia del Estado, y con él vino el coronel Corona. El día anterior, el 13 de julio, habían estado ahí el licenciado Sóstenes Aguilar, procurador de Justicia de la nación, y con él venía una periodista, Olga, me parece, de la revista *Siempre*, pues le rogaron mucho a Jacinto que se saliera, que lo había mandado expresamente el licenciado Ruiz Cortínez para que lo convenciera que nos saliéramos. Le dijo Jacinto que no era juego de niños, que era cosa seria, que resolviera el problema o que hiciera una promesa por escrito, no verbal, que de promesas vagas no quería nada. Le rogaron mucho: —mira flaco, te van a fregar hombre, el presidente está muy enojado.

—Está bueno Chinto, sálgase hombre, pues al cabo el asunto se va a arreglar, se va a arreglar por la vía legal, ¿por qué no te sales? ¿No?

—Bueno, pues yo me voy. Tengo que ir a México a llevar el informe de lo que tú resuelves.

—Pues dile que si me hace una promesa que convenga, por escrito, abandono Cuitaca, mientras ¡no!

Bueno, se fueron, y al poco andar se devolvió a insistir:

—Mira Flaco, te voy a hacer una promesa personal. Salte ahora para hacer yo mi reporte que obedeciste, y luego que ya estén enterados, dejas pasar un día y pasado mañana te vienes. Entonces cambia el asunto y el presidente no se va a enojar tanto porque no le obedeciste.

—¡Oye!, pues si no estamos jugando a las escondidas. ¡No señor!, que me haga una promesa por escrito y entonces abandono Cuitaca.

—Bueno, ni modo, pues te van a obligar.

—Pues ni modo. ¡Adiós!

*La cárcel de Cananea, Julio 14, 1958*

Pues sí, así fue, al otro día nos cayeron, el 14 de julio, como a las dos o tres de la tarde; pusieron la máquina de escribir en un tronco y empezaron a interrogar. Ahí estaba el procurador dictando, y el secretario escri-



biendo, y nos estaban llamando de uno por uno. A mí fue el primero que me interrogaron, y luego, así, a los seis; el penúltimo fue el compañero Jacinto, y yo no sé por qué se acalararon, y el procurador le dijo:

—Si yo no estoy pintado Jacinto.

—Pues ni yo tampoco. Si no va a escribir lo que yo le diga, escriba lo que le dé su tal gana.

Ya levantaron el acta y se vino el mal tiempo. Estábamos rodeados de genelales, la Justicia y la Policía. Y nos ordenaron que fuéramos con ellos para Cananea con el juez de Primera Instancia. Nosotros vamos en nuestro carro. Y ahí vamos. Salimos nosotros. Un carro lleno de soldados venía delantito de nosotros, dos o tres más venían detrás, uno con el procurador. Y vinimos a Cananea con el agua arreciando por el aguacero de verano. Nos llevaron a una aduanita, a la entrada de Cananea, con celadores. Estaban las vallas de soldados desde allá donde dejamos la carreta hasta donde estaba la garita, más de un kilómetro, por los dos lados. Ahí nos esperaba un carro que usan aquí para los presos, "la perica", y estaba lloviendo a cantaradas. Ya nos dijeron que nos bajásemos.

—¡Qué no ve cómo está el agua! ¡Cómo nos vamos a bajar!

—¡Bájense y pásense a ese carro!

Y ahí estaban los soldados, pues, con los fusiles.

—¡No! Espere a que pare el agua.

Entonces se armó. Marco Antonio, el de la Judicial que traía el mando, le tiró un manotón al cuello y no lo alcanzó y le dijo:

—¡Mañana o pasado nos vamos a ver las caras, cabrón!

Y nos bajaron, y a empujones nos metieron a la "perica". Metieron la "perica" hasta dentro, casi hasta la alcaldía, y ahí nos bajamos y luego pidió Jacinto al alcaide, que por cierto a la semana se murió del gusto, Manuel Zepeda Molina, se llamaba, le pidió que le prestara el teléfono, pero no había servicio para ninguna parte, por el aguacero las líneas no servían. Pues abrieron y ¡turrún! para adentro de la celda. Pasamos el día 15, 16, y el 17 en la noche, como a las 8:15 de la noche:

—Los presos de Cuitaca, ¡afuera con todo y chivas!

Pues qué bueno; Jacinto tenía dos licenciados y creíamos que ya habían arreglado, que ya salíamos.

Nuestra gente, que había estado custodiando la cárcel para que no nos

fueran a rajar, junto con todos los compañeros de fuera, en ese momento aprovecharon la ocasión para tener una junta muy grande. Había mucha gente, mucha. Pues tenían listo un camión de pasajeros lleno de soldados, estaba en reversa con las puertas abiertas y las vallas de soldados por un lado y por otro por donde nosotros íbamos saliendo, y pícale y pícale con las bayonetas para arriba. De civiles no éramos más que nosotros seis, el camión estaba repleto de soldados. También iba César Tapia, de aquí de Cananea, se arrimó a nosotros y le dijo a Jacinto que no tuviera cuidado, que venía ahí para más seguridad de nosotros, que no nos iba a pasar nada. En Cuitaca hicieron alto mientras bajaban unos soldados y subían otros. En Santa Ana pararon unos 10 minutos para echar gasolina y ¡vámonos! No se acababa la valla por los dos lados de la carretera, y de Santa Ana para allá estaban más separados como a diez metros uno y como a diez metros otro. De Benjamín Hill para allá hacía bastante viento; antes de llegar al oasis tronó una llanta, se reventó pues los soldados creyeron que había sido sabotaje, que le habían tirado al camión y nos pegaron una sacudida a todos. Uno se cortó las narices con la bayoneta, pues la llanta se reventó y así se fueron hasta allá. No se pararon. Luego no entraron por donde debían entrar, yo creo que tenían miedo.

### *Penitenciaría de Hermosillo, julio 18, 1958*

Se dieron vuelta por una parte que le dicen Ranchito, para caer derecho a la penitenciaría, a las 4 de la mañana. Ahí nos echaron a la cárcel, en la celda 1 pusieron a Jacinto y le preguntaron que cuáles de sus compañeros quería con él. Bueno, pues naturalmente escogió a los que podían ayudarle.

—Déjenme a Parada —dijo— y a Saavedra.

Entonces a Valenzuela, Amador y a mí nos echaron a la otra. Pero al segundo día, como vieron que estaban muy bien acoplados, sacaron a Parada y lo echaron con nosotros y a Valenzuela lo metieron con ellos, porque Parada era muy bueno para la máquina de escribir. Nos tuvieron incomunicados como dos o tres semanas, ni el periódico nos pasaban. Nos metían por la ventanilla un pan birote retacado de frijoles enteros y un vaso de café chirrío, eso era todo para las tres comidas. Las mujeres de nosotros se habían venido detrás de nosotros, junto con muchos compañeros; muchos iban en carros detrás pero afuera de la misma cárcel; los aprehendieron, nomás que al otro día los soltaron. Encerraron a los puros hombres. Éstos creían que iban ir a hablar con nosotros, pero ¡dónde! Ya después, como a los dos meses o al mes o algo así, nos daban dos horas de sol, de la una a las tres. Cuando ya no se podía estar afuera en agosto, como la Peni es de pura piedra, pues aguantamos adentro. Nos tenían a nosotros en la planta de

carpintería; ahí reparan muebles y fabrican. Los presos considerados están ahí. Nosotros estábamos en la planta pero no éramos considerados, porque estábamos enjaulados.

*Concentración de respaldo, septiembre, 1958*

El apoyo que se nos dio fue muy fuerte. Estaban comenzando a fraguar echarnos fuera de la cárcel. Aquí en Cananea no hubo tiempo, entonces en Hermosillo se comenzó a reconcentrar gente de todo el país. Todos los simpatizadores de nosotros, de nuestra lucha o de la Unión, tenían el acuerdo entre todos de echarnos fuera si no nos soltaban para el 16 de septiembre. Se puso feo porque se dieron cuenta y empezaron a registrar, creo que desde Guaymas, al que venía y al que iba de acá a Santa Ana; a registrarlos y a quitarles las armas que llevaban, hasta en los camiones a toda la gente la registraron y cuanto estaba llegando el 16, desde el 12 o el 13, la gente que viajaba se tenía que identificar; qué a donde iba, lo que traía, todo. La carretera estaba protegida por los soldados, y a las guardias de la penitenciaría las federalizaron. En la cárcel había puros soldados con metralletas. Tenían dos metralletas apuntadas siempre a la celda de Jacinto y una para donde estábamos nosotros. Para el 13 de septiembre nos llovían telegramas pidiendo a Jacinto que deshiciera el acuerdo, que se dispersara la gente, que no fueran a provocar porque el que estaba en más peligro de morir era Jacinto, decían los telegramas. Inclusive hasta Lombardo Toledano puso un telegrama diciéndole que era muy peligroso eso. Cárdenas no intervino, Jacinto no quiso. Algunos compañeros querían seguir adelante, Figueroa, Mendoza y otros. Bueno tanto los asolaron y los agarranba a todos y mira Jacinto, van a romper la presa. En la cárcel todos estaban muy contentos esperando, "y a ti te lo van a cargar y el que lleva más peligro eres tú. ¿Qué no ves como estás?" Y así, ándale, le decía otro, pues si ya está el acuerdo tomado pues que se haga. "Bueno, dijo Jacinto, si quieren hacerlo, espérenme." Entonces nos reunió a los cinco y nos metió a su celda a platicar con nosotros.

—Bueno, ¿qué opinan ustedes? La concentración ya está lista.

Estaban los hoteles repletos de gente con armas, que con todo y la revisión habían llegado.

—En su opinión qué juzgan que se haga, que nos echen fuera por la fuerza o retiramos la concentración. ¡Ustedes digan!

Pues volteábamos y nos veíamos unos con otros. Saavedra estaba muy asustado, porque toda la familia de él estaba muy chica.

—Bueno pues, ¿qué están mudos o qué?

Yo ya tenía listo lo que iba a decir, pero estaba esperando que los más altos que yo en presentación hablaran.

—A ver tú Parada, ¿tú qué dices? ¿Tú Saavedra? Bueno, tú Calvito, a ver si tú no tienes mocha la lengua.

*Lucha por la vía legal, Septiembre, 1958*

—Mira, yo te voy a dar mi opinión propia, mía, pero no para que sigas mis consejos. Mira Jacinto yo he estado pensando esta cosa, yo estoy muy viejo y estoy muy mal, para mí sería una honra morir en una refriega que se haga aquí, por una causa tan noble como es la que andamos peleando, pero yo no hago falta. El primero que va a caer eres tú Jacinto, y si tú haces falta. ¿Qué te ganas con que te clareen luego luego? A ti te van a clarear inmediatamente, luego seguiré yo y los demás. Está bien, pero nosotros no hacemos falta y tú sí haces y si por buena suerte sales con vida vas a tener que huir. ¿Y de qué les vas a servir tú a las masas que representas? De nada. Ésa es mi opinión, que no vamos a sacar ventaja con esto, nada. Por el contrario, se va a empeorar la cosa porque si no mueres te van a incapacitar para que sigas peleando por la vía legal.

—Pues dice bien Calvito, ¡chihuahua!

—Pues sí —dice Parada—, si sales no vas a ir a poner tú oficina. ¿Por dónde puedes ir que no te agarren? Eres responsable de roper una presa. ¿Dónde vas a ir?

—¡Está bien!

Y ahí estaban esperando afuera, un montón de suplicantes, para que les dijera Jacinto que era lo que se iba a hacer.

—Bueno —dijo— ¡retrocedamos! Aunque yo no estoy de acuerdo, pero ni modo. Tiren todos esos telegramas que tienen para que no se mueva más gente, digan que hubo otro acuerdo aquí, pero yo no firmo. Firmen ustedes, tú Padilla, tú Fulano, tú Figueroa, yo no voy a firmar.

—Sí tú no firmas, no nos van a hacer caso.

—Yo no firmo, porque no empuerdo mi firma. Ya está mi firma que sí y ahora voy a firmar que no. No, ¡no firmo! Pero como tenía Jacinto sello para firmar, lo agarraron y pas, pas, mandaron telegramas por donde quiere y disolvieron la concentración. Fue la salvación del movimiento, si no, aquí queda. Nos hubieran matado a todos. Quién sabe cuántos presos había, eran más de mil y unos con penas muy elevadas esperando el momento para salir. ¿A quién le iban a cargar todo esto si no al movimiento?

En esos días vino el secretario particular de Cárdenas, platicó con Jacinto y le dio un dinero que le mandaba Cárdenas (cinco mil pesos), suplicándole que aceptara una cuenta corriente en un banco para que hiciera uso de lo que necesitara. Jacinto le dijo que no.

—Pues mire, si no acepta usted, se va a enojar el general. ¿Por qué no lo acepta? Total, si no lo necesita pues ahí lo deja. Ya conoce usted a mi general Cárdenas, dijo que le librara cuenta sin límite en el banco que usted quisiera.

—Con esos \$5 000.00 no necesitamos más, a nosotros no nos falta nada realmente.

Y realmente así era, nos llegaban trocadas de sandía, cajas de sodas, muchas cosas, no nos faltaba nada, pero la tensión nerviosa estaba muy inquieta. Al fin aceptó Jacinto.

El enviado de Cárdenas nos dijo que tenía que ver en Europa al general, que había salido para allá. El 12 de octubre tenía que verse con Cuauhtémoc y él en Roma, y ese día era el 12 de septiembre, y que le dijo el general Cárdenas que no tuviera cuidado, que no iba a salir pronto.

Afortunadamente ya le faltaba poco a Ruiz Cortínez para terminar su mandato, en ese año iba a entregar.

Vino el general Tejada de México, con unas aclaraciones que hacía Ruiz Cortínez en el periódico y quería preguntarle a Jacinto qué opinaba de lo dicho. Que los periodistas le preguntaron que por qué tenía a Jacinto López y a sus acompañantes en la cárcel y no se podía arreglar su salida, y él había contestado:

—Porque me desobedeció

—¿Es todo? ¿Por eso?

—¡Sí, es todo!

Pues el periodista se vino con Jacinto a preguntarle su opinión y Jacinto le contestó:

—Yo, como presidente de México que es, lo respeto como ciudadano, pero como patrón no, porque no trabajo con él. Yo respeto la opinión de las masas, porque a éstas son a las que sirvo, yo no trabajo para él.

Pues al otro día cayó *La Extra*, el periódico de México, con el encabezado: “Las aclaraciones del presidente Ruiz Cortínez y las respuestas de Jacinto”, lo gritaban los voceadores por donde quiera, se dieron vuelo; así son los periódicos. Pues la gente se peleaba por los periódicos y no decían nada, no podían poner nada, pero así decían: “Declaraciones del Presidente de la República y la respuesta de Jacinto López desde la Penitenciaría de Hermosillo.”

Después que tomaron posesión los diputados y senadores, presidentes mu-

nicipales, para el 16 de septiembre, Obregón pensó que ya había desaparecido el peligro para él, y con las insinuaciones que le hizo el capitán el 17 de septiembre nos dejaron considerados ahí en la planta. Ya no nos tenían encerrados todo el día. Ahí andábamos en el corralón, con los demás, dormíamos con las puertas abiertas y dejaban pasar a las familias de nosotros; nos llevaban la comida y pues ya no fue tan pesado pues teníamos con quien platicar y jugábamos ajedrez, pero ya cambió.

*Libertad, diciembre 2, 1958*

Pasó septiembre, octubre, noviembre. En diciembre la prensa no dejaba de martillar que nos venían de 2 a 20 años de sentencia. Nos hacían muchos cargos: por conspirar, por disolución social... Que nos iban a llevar a las Islas Marías, pero no. Aquí Jacinto tenía un licenciado en Guadalajara en el Cuarto Circuito y él comunicaba que esperaríamos con calma nomás que saliera Ruiz Cortínez, que no se podía hacer nada mientras, que nomás entrara López Mateos y ya. Y así fue, López Mateos entró el día primero y nosotros salimos el dos en la mañana. Ya el licenciado Leyva nos había comunicado que íbamos a salir. El día que salimos fue más triste que el día que entramos. La gente lloró, las mujeres de los compañeros —¡válgame Dios!— venían a acompañarnos a la puerta de la Penitenciaría. Luego nos tenían una recepción que duró 3 días, con comida, tomar, y música a discreción ahí mismo en Hermosillo. Bueno, decíamos que lloraban y se le prendían a Jacinto y lloraban y contaban todo lo que habían hecho por sacarnos. Nos quedamos en Hermosillo hasta el día 7, y ese mismo día nos venimos para acá. Habían prometido que nos iban a traer en un camión urbano, pero ese día se dificultó, no quisieron dar el permiso. ¡El enemigo! ¿no? Y pues siempre nos vinimos, los compañeros fueron por nosotros y nos vinimos en los carros, yo y mi mujer nos vinimos en un carro, otros en otro con sus familias. En Magdalena nos tenían una recepción. Habían matado un novillo, llegamos muy tarde y mal comidos, tomamos unas cervezas y vámonos! En Imuris nos tenían otra recepción, ahí estuvimos menos tiempo, comimos y nomás les dimos las gracias y ¡vámonos! Desde el Arivari, allá donde empieza la cuesta para subir a Imuris, nos estaba esperando la gente de Cananea, bueno estaba regada por toda la carretera hasta Cuitaca. Nos esperaba gente, ¡qué bárbaro! Llegamos oscureciendo el día 7 de diciembre de 1958. El día 8 nos iban a hacer la recepción allá en el estadio. Habían matado una vaca y tenían lista cerveza y música, fue pura parranda esos días, de puro tomar y comer.

La gente de Cuitaca todavía estaba en el estadio. Ellos sí se quedaron. ¡Cómo sufrió esa gente! Yo estuve en el estadio del 23 de febrero al 10 de julio y luego casi 5 meses que estuve en la Penitenciaría, luego volví ahí otra vez hasta el siguiente año. El puro Día de la Bandera fue cuando salimos y nos fuimos a Cuitaca. Un año, un año redondito. Ya le digo, yo estuve

fuera casi 5 meses, por eso sufrí menos que la gente que estaba ahí en el estadio. Ella sí sufrió, hacía mucho frío, hambre, vejaciones de la gente ingrata: qué huevones, que ya les supo la papa, que los estamos manteniendo. Y esa gente que nos insultaba y piropeaba fue la que se benefició. Ellos son los que gozaron los frutos de la lucha, los beneficiados, los enemigos, pues. No me extraña, así son las luchas, así son las luchas todo el tiempo. El beneficiado es el enemigo, o cuando menos los que más estorban esos son los que vienen beneficiándose. Así sucedió también en el Sindicato Minero. Estaba dividido, era el Sindicato Mártires de 1906; entonces la Compañía quiso formar un sindicato blanco y fueron a los talleres, a las puertas de las minas, fue el secretario de la Compañía, mister Bush, a tomar el nombre de cada trabajador, iba el representante del Sindicato a ver quién sacaba más partido, pues ganaron los rojos, a pesar de eso los que agarraron los puestos fueron los blancos. Como la minoría tenía que adherirse a los rojos, los blancos agarraron las riendas del Sindicato, y luego luego se corrompió, era natural, pues eran los de la Compañía. Así son todas las luchas.

*López Mateos da posesión: febrero 8, 1959*

El 24 de febrero regresé a Cuitaca. Ya había dado posesión López Mateos. Mateos dio posesión allá con los Martínez, donde ahora es el ejido Emiliano Zapata, el 8 de febrero de 1959. Ahí estábamos nosotros. Dio la posesión así, dijo: Hoy 8 de febrero de 1959, en el Rancho Martínez, municipio de Cananea, hago entrega de 229 hectáreas, de 229 cabezas de ganado para 853 jefes de familia. (La UGOCM tiene en México grabadas las palabras.) Todo es propiedad de ustedes, patrimonio de sus familias; les ruego, les suplico, que pongan todo su esfuerzo para que den buenos resultados porque son los primeros Ejidos Ganaderos que se van repartiendo en México y en ustedes estriba seguir repartiendo Ejidos Ganaderos, con la buena marcha del Ejido que a ustedes se les está entregando. Todos encantados de la vida, pero en las resoluciones presidenciales salieron gentes que ni vivas ni muertas se encontraron. En Cuitaca había 10 que ni en sueños se habían oído mentar; las autoridades lo que trataban era de acabalar, pero a nosotros no nos quisieron aceptar, porque éramos comunistas todos los que estábamos en el estadio. Es decir, no todos, sino los que no quisimos ir a humillarnos a los de la CNC, a esos, a nosotros son a los que no reconocieron.

¡Seguro! A los de la CNC les vendieron el bando. Los que hicieron el trabajo de curso fueron los de la CNC. ¿Por qué? Si todos estábamos ya censados en los expedientes de las solicitudes de los nuevos centros de población. Pero luego que se ganó la lucha vinieron ellos a repartirse el queso. Una muchacha estaba tomando ahí la lista y los otros decían: bueno, si te comprometes a ser leal a la CNC, pues te censo, si no, no. Muchos que eran compañeros nuestros fueron allá y así fue como salieron en la Resolución.

*Obregón vs. UGOCM, 1959*

Los que no fuimos a arrodillarnos allá, pues no salimos. También estaba aquí el ingeniero Agustín Cortés que lo habían dejado aquí como representante de Colonización, porque iban a repartir por Colonización y no por Ejido. Pero Jacinto se fue a México y habló con el licenciado López Mateos y le dijo que iba a dejar el latifundismo peor que como estaba, pues con la Colonización cualquiera podía comprar. Porque por vía de Colonización los ricos son los que van a hacerse otra vez de las tierras y a los que lucharon, a los que pelearon, no les va a tocar nada porque no tienen con qué comprarla. Entonces López Mateos vio la razón y volteó la cosa por vía de Dotación Ejidal. Lo que nunca se aclaró fue si el ganado también fue dotado. No se aclaró la cosa. Pero el discurso sí dice: "es propiedad de ustedes, y patrimonio de sus familias, tanto hectaraje como ganado". De modo que se aclaró la cosa, luego se corrió la voz de que tenían que pagar el ganado los ejidatarios a tal plazo.

*Simulación, demagogia, confusión.*

Les estuvieron recogiendo los abonos. Creó los recogieron 2 años, unos 12 millones, pero luego mandaron suspender el cobro de abonos del ganado y ya no volvieron a cobrar. Ni han vuelto a cobrar, ni han repartido utilidades, ni nada. No se entiende como está la cosa, deben aclarar de quién es el ganado, si es del banco o del Gobierno, privado o de los ejidatarios, o de quién es, pues éstos ahorita están trabajando como unos peones del Banco, nomás, sin garantías. No les dan vacaciones; no les tienen Seguro Social, ni el séptimo. Nomás los están manteniendo porque ni trabajan. No les dan utilidades, al principio les daban, ahora ya ni eso. Los primeros años, no sé si fue el primero o el segundo, a los presidentes del Ejido, a los jefes de Vaqueros, a los jefes de Siembra, les vino muy alto el reparto; bueno hay unos presidentes del Ejido que les vinieron vetintitantos mil pesos, pero hubo ejidatarios que alcanzaron dos pesos. Los que trabajaban se desmoralizaron. A los que no trabajaban les dieron mucho y a los que trabajaban no les dieron nada. Entró la desmoralización. Unos y otros de acuerdo empezaron a comprar ganado. Eso no lo van a negar porque así es, y se les pasa la mano con crías de ganado colectivo y lo dejan marcado con su fierro de ellos ¿cómo no? No hay quién vigile y no puede gritar nadie porque todos están puercos, ¡ todos!, aunque sea un poquito pero todos.

A los 853 en la Resolución Presidencial no los hallaron, no tomaron posesión ni la mitad. Faltaban dos o tres para llegar a la mitad.

Cuando dieron posesión fuimos a Cuitaca, porque hicimos un convenio con Contreras Molina, que era representante del Agrario, y nos iba a ayudar; él nos dijo que nos instaláramos en Cuitaca, que nos iban a aceptar ahí, dónde nos habían sacado, dónde nos habían quemado el pueblo, que



estaba ahí este licenciado Serrano, que era representante de López Mateos. El día 8 se dio posesión, y el 24 todavía no había ningún ejidatario allí y hacía 16 días que les habían dado posesión. El convenio que tuvimos con Molina y Serrano y con los Comisariados era que nos iban a reconocer a todos porque había cupo en el Ejido Vicente Guerrero (Cuitaca), y que me autorizaban a mí para que yo fuera a indicarles dónde se hiciera la zona de urbanización, o sea, del poblado ejidal, porque ellos no conocían el lugar, no conocían Cuitaca.

Entonces yo llevé al ingeniero y por cierto que fue Saavedra también conmigo. En donde le indicamos, allí se hizo el poblado y le gustó mucho al ingeniero porque dijo que ahí era un pueblo antiguo de los indios Pimas; había pedazos de metates y tepalcates, pedazos de olla de barro y piedras que labraron los indios, abajito estaba el cementerio de ellos. El agua, en esa parte, estaba bajita porque cuando llueve dura el agua ahí. Pues les gustó mucho el lugar a todos y ahí es donde viven los ejidatarios.

Me está mal decirlo pero el poblado se hizo donde yo les indiqué. Ahora me quieren colgar esos bárbaros, ¿cómo pues?, pero así es, los que participan realmente se quedan fuera, los que verdaderamente ponen su esfuerzo en luchas mártires nunca logran justicia. Nunca nos aceptaron como ejidatarios y hemos seguido la lucha desde entonces. Regresamos a Cuitaca yo y los que me acompañaron y todavía sin derechos esperamos que se nos haga justicia. Si en realidad se hiciera justicia, esta Reforma Agraria les quitaba el derecho a esos aceptados, hijos de ejidatarios, parientes, de todo, para dárselos a las gentes que tienen más derechos que ellos. Si es que van a respetar categorías ¿no?

Pues vino el día de la Asamblea de Depuración y el Reacomodo, vino el coordinador y los que iban a hacer el trabajo, y fue peor. Estaban allí con las listas y los comprobantes sesenta y tantas copias o más, las listas de todos nosotros firmadas por el presidente municipal comprobando el tiempo que teníamos aquí.

—Oiga, se van a guiar por la lista que yo les entregué aquí, ¿o van a guiarse por las que les den los ejidatarios allá? —Preguntó un muchacho que venía de la Secretaría de la Presidencia y quería que se hiciera justicia.

Quando iban a comenzar los trabajos pregunté: ¿oiga licenciado, va a empezar con la lista que le entregué yo? ¡Seguro que sí! Y cuando empezaron me habló: ¡véngase con su gente! Ya estaba ahí el gobernador y el subdelegado, un pícaro que mandaron, quién sabe que lío traían de una asamblea que había habido en Nogales donde Ismael Valenzuela había descompuesto la cosa cobrando dinero por mete gente en las listas. Debido a eso vinieron el subdelegado y el coordinador y cuando terminaron el trabajo de las gentes que ya estaban en posesión, luego siguieron con el Reacomodo y me hablaron a mí, que estoy en la cabeza de la lista de los que habían aprobado en el 69, y aceptaron nomás a los puros siete que estábamos en ese

Reacomodo anterior injusto y yo les recalaba que no se podía hacer eso, y los ejidatarios que tenían hijos o sobrinos brincaron. Los de Guerrero ya les habían regalado cajas de manzanas. ¡No! Usted me dijo que iba a hacer justicia y por eso le dimos la lista. Él me contestó:

—Y usted qué alega, si a usted ya lo aceptaron, siéntese.

—No señor, yo represento a este grupo, por eso es que tengo todos los papeles y los comprobantes, ahí están ustedes para que obren con justicia. Entonces me dijo el coordinador que después habría una audiencia para que las cosas que salieran mal fueran corregidas, que si se aprobaba a alguno que no le correspondiera, a los que hubieran quedado fuera se les tomaría en cuenta si llevaban todos sus comprobantes a la audiencia de pruebas y alegatos, y el que tenga más derechos ése va a ser.

—¿Por qué no lo hace desde aquí, aquí están las pruebas?

—¡No! Siéntese, siéntese y no alegue.

—No ingeniero, esta asamblea no va a servir porque voy a protestarla yo, porque están violando la Ley Agraria. ¿Para qué la traen ahí, para violarla? Ahí la tienen.

—A que viejito, ya cállate, hombre.

Pues hicieron la lista y llenaron el cupo y ya no aceptaron más. Otro día vine a Cananea y logré que los compañeros que todavía estaban fuera se incluyeran en el Ejido Morelos, sí había plazas y el operador sí me lo cumplió, pero los ejidatarios del Morelos se ampararon en contra de la Resolución Presidencial y el reacomodo no se ha podido llevar a cabo hasta la fecha. Además los compañeros viven aquí y no se quieren salir... y seguimos igual. Resulta que quedaron de avisarnos de otra asamblea de pruebas y alegatos desde hace tres años y todavía no se lleva a cabo. Parece que ahora sí el día 23 de este mes (febrero) se va a realizar.

### *Dieciocho años después, 1977*

Yo quisiera que esto se arreglara y que quedara yo para quitarles los bríos a estos amigos que dicen que no. Que ellos han hecho mucho, que cómo lo van a compartir. ¿Pues qué han hecho? Nada más que robarnos a nosotros, porque el producto de 30 vacas nos corresponde a nosotros, a cada Reacomodado, y ellos ni han hecho nada más que endeudarse por huevones. Lo que les vamos a quitar son deudas. Nosotros hemos podido vivir sin los 60 pesos que les da el Banco y no nos hemos muerto de hambre. Ellos han usufructuado dos derechos agrarios cada uno. No vamos a reclamar nada, lo que queremos es que se convenzan... Lo que pasa es que las dependencias muchos no quieren arreglar los problemas. Ahí las cosas son un juego. En el Departamento Agrario yo me di cuenta cuando fui a México, da lástima la gente ¡hombre! Unos salen, otros suben, otros por el elevador, otros por las

escaleras con sus papeles, y nada se arregla por allá. A las cansadas viene resolviéndose algún problema de los más chafas. ¡Pero hay gente que qué bárbaro!

*La esperanza nunca muere*

Todo está muy desordenado en esa cuestión agraria, porque no sancionan a los maleantes que hacen sus chuecuras. No les hacen nada, nomás los cambian de lugar y siguen, y el que carga con el pato es el pobre campesino que va con las esperanzas de ver si se le arreglan las cosas, a ver si se le hace justicia. ¡Hasta por lástima! Un amigo empleado, platicando, nos dijo que hay problemas pendientes en el Departamento Agrario de resoluciones presidenciales que no se han ejecutado del tiempo de Lázaro Cárdenas. Mucha gente se murió, mucha ya se fue... ¡Ojalá que se haga justicia! Yo esperaba que alguien se preocupara por levantar todas las investigaciones que son buenas para nosotros si les ponen atención. Hagan conciencia real de las cosas. Qué verdaderamente es la realidad. No andamos con empujes tratando de engañar, es la realidad. Y mucha de la realidad de todo ese tiempo se le escapa a uno de explicar... Fíjate 18 años. Dieciocho años de insultos de las autoridades, insultos de los ejidatarios, quemándonos jacales, levantándonos cercas y haciendo todo lo que pueden para molestar. El Banco azuzándonos para que nos defrauden nuestros derechos. ¡Ojalá! Tú sabes que hay gente positiva... en ocasiones no nos dejan trabajar, tal vez ahora sí... ¡Ojalá! Ojalá se viniera esa corriente de justicia, porque ya sabemos de antemano que no para ahí el problema, el problema agrario no tiene fin... No tiene fin. A ver...